

CAPITULO XXII

LA GUERRA DE GRECIA DURANTE LOS AÑOS 1824 Y 1825

Mehmet-Alí.—La isla de Candía.—Los egipcios en la isla de Candía.—Armamentos de Egipto contra la Morea.—Caída de Psara.—Las escuadras combinadas de Turquía y de Egipto.—Luchas en la Grecia Continental.—Guerra civil entre los primados.—La administración de Kontouriotis.—Ibrahim-Pachá.—Los egipcios en Morea.—Toma de Navarino.—La escuadra griega.—La piratería.—Irupción de los egipcios en el interior del Peloponeso.—La Heladia Oriental y Occidental.—Segundo sitio de Missolonghi.—Situación interior de Grecia.—Los griegos buscan de nuevo el apoyo de Occidente.—Organización de las tropas.—Construcciones navales con auxilio del segundo empréstito inglés.—El filohelenismo en Francia.—Acta reclamando el protectorado de Inglaterra.



MEHMET-ALÍ se dió por avisado al ver al sultán emprender su campaña contra el pachá de Janina, y sin rebozo y con el mayor desenfado principió á comprar armas y municiones por todos lados, á poner su ejército bajo un pié de guerra poderoso, de modo que el sultán podía estar seguro de encontrar en Mehmet-Alí un hombre no menos dispuesto á defenderse que Alí-Pachá; pero con más recursos, con más medios de acción, y contando con el apoyo de todo un pueblo, que también principiaba á entrever su existencia independiente. Sin embargo, Mehmet-Alí se había demostrado siempre fidelísimo vasallo, salvo exigir siempre que se le pidieran sus servicios que nunca ofrecía espontáneamente: así cuando se le pidieron sus buques, dió sus buques y ahora que se le pedían sus soldados daba sus soldados, porque si estos iban á combatir por su señor de Constantinopla, iban también á fundar la soberanía del virey de Egipto que esto lo vió desde luego claro el astuto virey.

Los soldados del virey, sin embargo, hacía ya tiempo que se batían por su propia causa y con

provecho, cuando el sultán podía creer que lo hacían por la suya propia

Ya hemos visto como principió la insurrección en Candía. Ypsilantis cometió entonces el grave error de mandar á la isla, para representarle, á un hombre tan menguado de figura y de temperamento y condiciones militares cuanto hábil administrador y funcionario civil de primer orden, Miguel Aphentoulis, que desembarcó en Candía en Noviembre de 1821.

Aphentoulis tuvo la buena fortuna de atraerse á su lado á Antonio Melidonis, de todos los jefes candiotas el más capaz y un verdadero hombre de guerra, amado por el pueblo, pero odiado por los demás jefes á causa de su misma superioridad. Así Aphentoulis tuvo desde luego por este solo hecho á su frente á los capitanes sphakianos, que no pararon hasta alejar de su lado á Aphentoulis, cuya autoridad y prestigio naturalmente siguió los mismos altos y bajos que la de Ypsilantis, muriendo finalmente asesinado en medio de un banquete el bravo Melidonis por mano del feroz Roussos,—Marzo de 1822.

Este golpe audaz hizo que Aphantoulis, haciendo un llamamiento á su energía y al patriotismo de los candiotas, reuniera de nuevo á los que se habían ya desbandado, enviando á Roussos á las montañas de la Sphakia, lo que pudo hacer, gracias al auxilio que le había prestado Balesto; que acababa de llegar con trescientos samienses, pero con estos accidentes la resistencia había quedado desorganizada y los turcos pudieron avanzar hasta Rhetymon. Balesto avanzó entonces con los cuatro mil hombres que pudo reunir para detener su avance, situándose en Kastelo; pero Balesto no pensaba en batirse primero, por no tener casi municiones, segundo porque los sphakianos se presentaron también en el campo de batalla y Balesto dudaba mucho de su cooperación. Perplejo en el partido que debía tomar y sin resolverse dió ocasión para que los turcos se arrojaran sobre él por sorpresa, viendo entonces como su gente se desbandaba sin querer batirse, perdiendo tristemente la vida al intentar reponerlos de aquel terror pánico. Con razón ó sin ella se acusó de este desastre á los sphakianos,—26 de Abril.

Tras de este percance tan doloroso para Aphantoulis, pues le dejaba sin jefes militares, tuvo el buen patriota que sufrir la humillación de su destitución inmerecida; pues habiendo caído en aquellos días Ypsilantis, el nuevo gobierno de Grecia mandó á Candía de gobernador á Pedro Skylitsis Omeridis, que acababa de desembarcar el 22 de Abril, portador de un proyecto de constitución para la isla, más liberal que el sistema de gobierno que hasta entonces había tenido la isla y que había sido llevado por Aphantoulis: el mismo que había querido implantar Ypsilantis en Grecia. Cuando el destituido gobernador se disponía á salir de la isla, se presentó la escuadra egipcia y esto le hizo mudar de opinión.

Iba la escuadra egipcia á Candía porque el sultán, viendo que Grecia absorbía todas sus fuerzas y que nada podía hacer para sofocar la rebelión en la isla de Candía, determinó ponerla bajo la jurisdicción del gobernador de Egipto, quien en su consecuencia debía cuidar de su sumisión.

Mehmet-Alí se apresuró á obedecer las órdenes del sultán; porque Mehmet había imaginado de una manera ú otra poder llegar á Europa, pues su ambición le hacía creer que él podría galvanizar el antiguo imperio de los turcos, y hacer de Turquía ó de Egipto, que sobre esto no estaba decidido, una gran potencia.

En tanto estuvo en la isla Hassan-Pachá, yerno de Mehmet-Alí, los cinco mil albaneses que con su escuadra había llevado á la isla, fueron ganando te-

rreno,—9 de Junio;—pero al ser llamado aquél para que juntase sus buques con los del sultán, los albaneses, faltos de un buen jefe, ó llenos de desconfianza, se dejaron acorrallar por todas partes, hasta el punto de que nunca se había presentado tan pujante la revolución en Candía como en el invierno de 1823, que fué cuando los candiotas, para asegurarse el apoyo de la escuadra griega, pidieron para gobernador á Tombazis de Hydra. Tombazis aceptó y se presentó al frente de mil doscientos hombres de refuerzo, consiguiendo importantes ventajas, que es lo que decidió á Mehmet-Alí á hacer un esfuerzo enérgico para sofocar de una vez la revolución.

Mandó entonces á la isla la escuadra de Ismael Gibraltar, que llevó primero á la isla cinco mil hombres de refuerzo y provisiones, que aumentó todavía en su segundo viaje. Este aumento de fuerzas, obligó de nuevo á los candiotas á concentrarse para resistir el empuje, y Tombazis, para hacer la resistencia más firme, convocó á los primados á una reunión en Askoudena, invitando igualmente á los sphakianos, á quienes hubiera hecho mejor en dejar de lado, pero como el peligro era extremo, Tombazis creyó que no debía dejar de lado á ningún elemento, creyendo además que en aras de la patria, y en tan angustiado momento, se depondrían todas las rivalidades y ambiciones.—Mediados de Julio de 1823.

Pero Tombazis creyó mal si creyó que los sphakianos habían de dejarse arrebatar el privilegio que tenían de dar capitanes á todos los habitantes de la isla, máxime presentándose esto como imposición, como resultado del acuerdo de la Asamblea. De aquí que la desorganización fuera mayor cada día, que no se tomaran precauciones, dando con esto lugar á que el joven Mustafá-Bey, que había reemplazado á Hasan-Pachá, fallecido á consecuencia de una caída de caballo, sorprendiera á los candiotas, les persiguiera y acosara por todas partes, obligándoles á pasar el invierno de 1823-24, en las grutas, cuevas y sitios más solitarios de la isla, entregándose los turcos á la devastación más brutal que imaginarse pueda. Hasta llegar la primavera de 1824, el sucesor de Hasan, Houssein-Bey, hombre salvaje y brutal, continuó la obra de Mustafá, y presentándose delante de los sphakianos enricados en sus montañas, les intimó la sumisión. Intervino el cónsul austriaco, se dió crédito á los ofrecimientos de los turcos, principió la defeción, Roussos se sometió, el hermatista logró escapar, y á poco, los capitanes sphakianos iban á dar en los calabozos de Candía. La reconquista de la isla había acabado.

Mehmet-Alí, iba ahora á operar contra Grecia, y

la extensión que fué dando á sus armamentos, prueba los grandes y ambiciosos proyectos del amo de Egipto. Está probado que antes de hacersele proposición alguna por la Puerta, Mehmet-Alí no tenía más que diez y nueve mil hombres sobre las armas; dos años más tarde, en 1825, tenía Mehmet noventa mil soldados, á los cuales se procuraba, de una manera rigurosa, adiestrar á la europea, aunque sin lograr darles su disciplina, lo que se echaba de ver en las relaciones de la época; pero de todos tiempos esto ha resultado entre los orientales, aun cuando no son los mejores soldados los que se presentan mejor delante del enemigo. El organizador del ejército egipcio, había sido el coronel francés Seve, que se había visto obligado á expatriarse, á causa de una tentativa que hizo para librar de la muerte al mariscal Ney. Seve apostató de su religión en privado, y entonces pudo ser nombrado general del ejército egipcio, tomando el nombre de Suleiman-Bey. El organizador de la armada de Mehmet-Alí, fué también otro francés, Francisco Letellier, que concentró en Alejandría cincuenta y cuatro buques de guerra, junto con cuatrocientas naves para el transporte de las tropas y municiones.

Las tropas de la expedición constaban de doce mil regulares, dos mil albaneses, dos mil caballos, setecientos artilleros é ingenieros con ciento cincuenta piezas de artillería y de sitio en su parque. Estas tropas estaban animadísimas, pues era general la convicción de que no resistirían los griegos ni aun su vista.

En efecto, el gobierno griego no veía sin espanto lo que se estaba preparando en Egipto. De poder disponer de las ochenta mil libras esterlinas depositadas por este tiempo en Zanto, mostrarase más confiado, porque con ellas movilizara su escuadra, cuyos buques permanecían inactivos por falta de tripulaciones, ó por mejor decir, por falta de dinero para pagarlas, y esto fué lo que le indujo á publicar el decreto de 20 de Junio de 1824, por el cual autorizaba á los buques griegos para que pudieran atacar los buques europeos que servían de transportes á egipcios y á turcos; los primeros entre sus cuatrocientos transportes tenían ochenta y seis buques europeos.

Mehmet no quería que sus tropas pasaran á Grecia hasta tanto que se hubiese dado un buen golpe á la armada griega, único medio de poder tener aseguradas las comunicaciones de su ejército, y al efecto combinando los movimientos de su armada con la del sultán, se dirigieron entrambas reunidas á la isla de Psara.

Psara abandonada á su suerte, podía considerarse perdida, y triste es decir que, cuando Hydra y Spetsia iban á correr, ó debían temer que su suerte fuera la misma de Psara, nada hacían, nada estaban dispuestas á hacer para salvar á su hermana y compañera de un desastre. Kanaris lo pronosticó y no fué oído, pues antes al contrario se creía que la gran aglomeración de gente que había en la isla impondría á los turco-egipcios, sin pensar que éstos, concedores de lo que puede la disciplina contra el número, se lanzaron resueltamente á la lucha el día primero de Julio, asaltando por dos partes la ciudad, operación que protegió la escuadra con un violento cañoneo, dispuesto para ocultar con el humo el desembarco de mil valientes divididos en dos cuerpos que fueran á tomar posiciones á espaldas de la ciudad, lo que causó tan grande espanto que ya nadie pensó en resistir sino en escapar.

De la armada psariota solamente se salvaron diez y nueve bricks, el resto de la escuadra, esto es, unos cien buques cayeron en poder de los turcos que incendiaron los que no podían servirles. Por fortuna entre los que se salvaron estaban los buques de Kanaris y Apostolis.

Tres días después los turco-egipcios se lanzaban al asalto de la ciudadela, defendida por doscientos hombres ó poco más. La defensa era inútil, así no trataron de defenderse sino de morir aplastando á los que les asaltaban, y al efecto se prepararon al sacrificio de su vida tomando la comunión. Cuando los turco-egipcios llegaron al pié de las murallas, una explosión formidable levantó contra ellos la tierra. Eran los almacenes de pólvora de la ciudadela que volaban arrojando sobre los que la asaltaban todos sus sillares uno á uno. Dos mil turco-egipcios perdieron de esta suerte la vida.

Atroces fueron las venganzas. A diez y siete mil se hacen subir las víctimas, y los que escaparon con vida fueron llevados como esclavos á los pueblos de la costa de Asia menor, durante tanto tiempo saqueados por esos terribles psariotas que ahora llegaban allí encadenados y convertidos en objeto de su venganza.

Por fortuna Chosrev no era un hombre de guerra y creyó que podía darse un mes para celebrar su fácil victoria en la isla de Lesbos, como no creyera poder evitar la efusión de sangre y reducir á los griegos isleños por el terror dejándoles respirar con la amenaza de sufrir el mismo castigo que Psara, pero es una máxima militar de las primeras, que no hay que reducir nunca al enemigo á la desesperación, pues ahora los samienses resolvían resistir

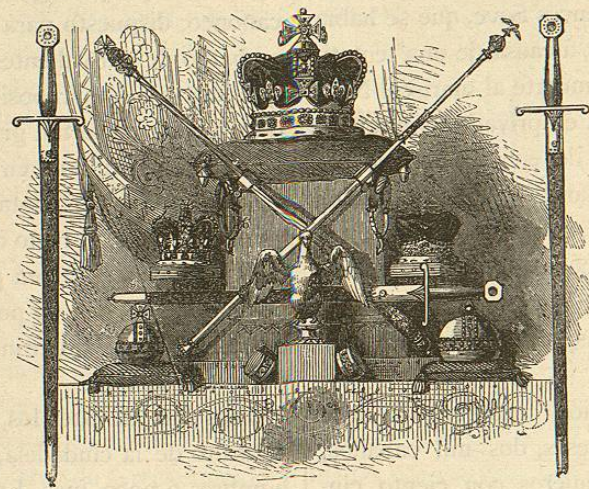
hasta verter la última gota de sangre, y los que hasta aquí se habían mostrado apáticos, ahora se lanzaban como furiosos á la pelea para defenderse.

Miaoulis, enterado de lo que pasaba en Psara por Kanaris, se aventuró en acudir al socorro de la ciudadela que creía que aún resistiría el 16 de Julio, en cuya fecha se presentó en su puerto en donde aún encontró á veintiseis buques turcos. Miaoulis lanzó á tierra parte de su gente para que recobrará las ruinas de la ciudad, y no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para lograrlo porque la guarnición que allí se había dejado se apresuró á embarcarse y en hacerse

á la mar. Miaoulis siguió la escuadrilla turca cañoneándola hasta tanto que, acudiendo al cañón Sachtouris que había levantado el ánimo de los de Samio, cargaron los griegos sobre la escuadrilla turca destruyéndola por entero.

Al saber lo ocurrido fué cuando Chosrev decidióse á atacar á Samos,—19 de Julio.

Sachtouris, que mandaba la vanguardia, se había apostado á la entrada del estrecho por el que hay que penetrar para operar el desembarco. Esto se quiso intentar con cuarenta lanchas cañoneras, pero el vice-almirante griego las echó todas á pique. En-



Insignias reales inglesas

tonces Chosrev llevó sus buques al asalto de las posiciones de Sachtouris, pero éste por dos veces, valiéndose de sus brulotes, les hizo retirar. Chosrev reunió entonces más elementos, y con cuarenta buques quiso forzar el paso que se les iba á ceder, cuando Kanaris solo con su brulote detuvo al Capoudanpachá; si en este día los otros brulotes griegos imitan al valiente Kanaris, indudablemente no hubiera habido ocasión para el ataque decisivo que dió la escuadra turca el 17 de Agosto. Chosrev hubiera igualmente triunfado sin el heroísmo de Kanaris. Este hombre, solo con su brulote, atacó á la fragata y al brick que querían forzar las posiciones de la armada griega por la espalda, é hizo saltar la fragata turca. A su vista se avergonzaron los otros cuatro brulotes griegos y se arrojaron sobre la escuadra turca que se dispersó llena de terror al ver volar por los aires á un brick tunecino y á una corbeta tripolitana. La tripulación de los cinco brulotes griegos no había tenido más que tres bajas. Samos se había salvado.

Chosrev, considerándose impotente para luchar

solo con los griegos, se retiró á las islas de Kos y de Halicarnaso para verificar su unión con la escuadra egipcia.

Ibrahim-Pachá había salido de Alejandría para las costas de Asia menor el día 19 de Julio, uniéndose con los turcos el 1.º de Setiembre. La escuadra aliada constaba ahora de un navío, veinticinco fragatas, veinticinco corbetas y unos cincuenta bricks y goletas, con gran número de buques de transporte. Los griegos, por su parte, se habían concentrado en Patmos, y su escuadra se componía de setenta velas armadas con unos ochocientos cañones. La escuadra aliada tenía dos mil quinientos cañones, y, además, llevaba cincuenta mil marinos y hombres de desembarco.

Avistáronse las dos armadas enemigas el día 5 de Setiembre; pero los turco-egipcios se mostraban tan prudentes como los griegos, aunque por opuestos motivos. Ellos, porque temían el arrojamiento de los griegos; éstos, porque temían la superioridad material de aquéllos. Sin embargo, los griegos intentaron hacer saltar el buque almirante egipcio, pero sin resultado.

Un fuerte viento sobrevino en aquellos días, y los dos enemigos tuvieron que separarse. Sin embargo, era necesario escarmentar fuertemente á los griegos, para poder pasar á Morea los egipcios, y en esta resolución, Ibrahim y Chosrev se lanzaron con ochenta y siete velas, formando una sola línea contra la escuadra griega, que estaba en Geronda, la antigua Panormia, línea que iba de Lerv á Kalymno.

Trabóse el combate, pero con flojedad por una y otra parte, pues la unión y disciplina dejaban mucho que desear en una y otra línea. Los brulotes griegos se portaron mal; sin embargo, uno de ellos consiguió hacer volar el buque almirante tunecino, y esto sig-

nificó una victoria. A poco sobrevino una tempestad, y las dos armadas se dispersaron. Consecuencia de estas operaciones, fué separarse Apostolis con sus psariotas de Miaoulis, y renunciar Ibrahim-Pachá á sus proyectos contra Samos, pero al retirarse á Halicarnaso el hijo del virey de Egipto, topó el 6 de Octubre con la escuadra griega, de la que escapó con pérdida de dos buques, que hicieron saltar los brulotes de Nikodemos el psariota, que como Kanaris permaneció fiel á la causa nacional: uno de ellos era un brick egipcio y el otro una corbeta tunecina.

Si ahora la funesta táctica griega no hubiese producido como siempre sus pésimos efectos, es seguro



J. BENTHAM

que la escuadra griega salvara á Grecia de la invasión destruyendo la escuadra egipcia; pero había pasado la época del empeño de los marinos griegos, y éstos, en su mayoría, se fueron á sus casas; tanto, que Miaoulis no pudo contar más que con veintiseis velas. Aún así y todo, informado de que Ibrahim-Pachá trasladaba el ejército de su padre de la isla de Kassos, en donde se habían concentrado para pasar á Grecia, á Candía, para que estuviera más cómoda y pasara allí el invierno, se dirigió valientemente al encuentro de la armada egipcia, á la cual alcanzó en 12 de Noviembre, á veinte leguas de Megalokastro, yendo en la retaguardia Ibrahim, consiguiendo, al día siguiente, á fuerza de pericia, ganar el viento á la escuadra egipcia, á la cual atacó por su vanguardia. La batalla naval, empero, no dió otro resultado que dispersar la escuadra egipcia, que abandonó sus buques de transporte á su suerte, cayendo algunos de ellos en poder de los griegos. Otros fueron á parar á Alejandría misma, otros consiguieron de nuevo reunirse á Ibrahim, que

había regresado á las islas de Karpathos, Rhodos, y á la bahía de Marmari-Marmoritsa, regresando á Candía cuando la armada griega vióse obligada á abandonar aquellas aguas por los vientos y temporales.

Ibrahim regresaba á Candía habiendo perdido una tercera parte de su gente devorada por el enemigo y principalmente por las enfermedades. La escuadra griega había salvado á Grecia de la invasión egipcia, que le hubiera sido fatal de realizarse en el año 1824, y el gobierno griego mostró su clarividencia al consagrar gran parte de su empréstito á mantener en el mar la escuadra griega, que se portó cual nunca, pues ahora los buques turco-egipcios, y particularmente estos últimos, montados por europeos, se defendían mejor que antes y era difícil atacarlos con los brulotes, de los que se perdieron durante la campaña unos veinticinco inútilmente, consumiendo el depósito del porvenir, porque ahora los marinos turco-egipcios salían al encuentro de los brulotes, montados en lanchas bajas,